

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CENTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

Á CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

Á CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CENTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

El general... Canta-Claro.

—¿Qué haces, Sancho, vas á tomarte á tí mismo el pelo? ¿Por qué te hurgas tanto la cabeza? ¿Quieres peinarte con las uñas?

—Téntome la cabeza, señor y amo mío, porque hace días tengo una aprensión que no me deja vivir tranquilo.

—¿Qué es ello? Pero mira, mira, no te allegues á mí, que estoy alarmado. ¡Quiera Dios que tu desaseo no te haya llenado la cabeza de casualidades, y tengas que rascar para mucho tiempo!

—No es esto, señor; y mire, no sospeche tal cosa, que pobres fuimos hasta hoy, y somos y seremos los Panzas; pero no vengo de casta de piojosos...

—No te incomodes, Sancho, y ten presente que el ser tal, no viene de casta, sino de la mucha suciedad y el mucho abandono.

—¡Que tal piense vuesa merced de mí! Téntome la cabeza porque me figuro que ha engordado, porque el talento mío ya no me cabe en ella... y va á reventar como un triquitraque.

—Sancho... Nunca creí que llegase á tal extremo tu necesidad.

—¡Ah! ¿Piensa vuesa merced que yo no tengo talento y profeticé cuál había de ser la política del nuevo Gobierno, y hasta formulé el programa para divertir á vuesa merced?

—Gracias te doy, Sancho.

—Empiezo. ¿Ve vuesa merced este figurón que está aquí á la derecha, qué lleva las manos en los bolsillos? Pues en el un bolsillo guarda unos papeles, y en el otro unos dineros... Este tal, es el famoso general Pamplina, que quiere vencer á los enemigos con cataplasmas de convenios y pastillas de monedas de oro.

Vea vuesa merced todos estos monigotes cómo se alborotan y silban, bufan y patean...

—¿Confites á los que nos roban? ¡Mala paliza le den á V. E., que más parece boticario de jarabes dulzainos, ó pastelero, que soldado!—gritan los monigotes.

—¿Ve vuesa merced esos estandartes? Pues son los periódicos «de mayor circulación». Lea vuesa merced, lea vuesa merced que entiende de letra: ¿qué dice en esos pendones?

—«La guerra se combate con la guerra». «A sangre y fuego». «¡No se pacta con un enemigo á quien no se ha vencido!» «Nómbrese al general Energía».

—¿Eso dice?

—Esto leo.

—Pii-piriipi.

—¿Para qué silbas?

—Indíco una mutación. La escena cambia; los monigotes ya no chillan... lo que antes, y en los pendones se leen otros lemas. Léalos vuesa merced.

—«Pacto con los insurrectos, benevolencia». «Hágase un puré con patatas... y abajo la energía...»

—Cambio la decoración. Fíjese vuesa merced en ese viejo que está ahí como medio adormilado... haciendo un solitario para ver si le salen los directores generales... Pues ese no es otro que D. Práxedes Mateo. El hombre... piensa que si continúa en Cuba la guerra, si persiste el procedimiento vigoroso de castigar á los

enemigos de la patria... irá el dinero... hasta el de la lista civil, é irán los hombres, hasta los necesarios para defender ciertas cosas... que necesitan defensa... irán á emplearse en el mantenimiento del honor nacional y el restablecimiento de la segura soberanía de España en las colonias... lo cual que esto nos haría mantenernos con entereza ante los Estados Unidos.

Y se dice: Malo, por aquí puedo perder... es muy extremo el medio... Quédase luego pensando en que hay quien piensa que todo cesaría con la retórica de un abogado, gran fantaseador, y con el jarabe simple de Castelar... y que el Canadá, y que la autonomía, y que tal y que cual...

—Pero diablo!—se dice—y si con esto pierdo las colonias y todo me resulta una burla?

Pues ten con ten. Nada de Mauras, ni Labras... y por otra parte... quitemos de allá á ese diablo de soldado, que entiende que su oficio es hacer la guerra, porque para eso fué enviado allí, y eso es lo necesario...

Vea vuesa merced cómo el viejo... se mueve en balanceo, en ten con ten, quita el hierro Weyler de un platillo y pone un poquito de azúcar Moret en el otro... y echa á un lado el tocino Gamazo y el magro Maura. El fiel no se mantiene en posición constante, pero ni se inclina mucho á un lado ni á otro...

Lo que yo dije á vuesa merced.

Ten con ten.

—¡Pero esto no es posible que dure mucho tiempo!—Dure lo que durare... ¿No ve que cuanto ello dura re dura el jugoso fruto de ese enorme y enredoso árbol de mil ramas y miles de hojas... la nómina?

Y mientras dura, vida y dulzura.

Quitán al general Weyler que representa en Cuba la resistencia vigorosa, al enemigo el castigo decisivo, á los traidores... el procedimiento de acabar la guerra y no á confites.

Quitán á Weyler... pero no siguen por eso política de reformas, no van para ello á buscar á Maura, que al fin y al cabo es la verdadera tía Javiera de esas zarandajas...

—Entonces, ¿qué harán?

—Nada. General no hallan, hombre político tampoco. Cierta que allí en la Habana los españoles están contentos con el general, y los insurrectos le odian... y que tales entusiasmos y tales odios ningún otro general los inspira... pero...

—¡Ah, si á mí me llamaran... créeme, Sancho, que no habrían de burlarse de mí!

—¿Piensa vuesa merced que se van á burlar de Weyler?

—No.

—Claro que no... ¡Pues cabalito! Bueno es el hombre para tolerar tales bromas... ¡Verá vuesa merced cuando Weyler se halle aquí... lo que dura el partido liberal en el poder!

—Temes que pase el Rubicón.

—No. Pienso que hablará claro... y he aquí lo que desde hace mucho tiempo deben de temer los Gobiernos en España. ¡Y mire, señor y amo mío, que vengo acertando con todos mis pronósticos! ¡He aquí por qué me palpaba la cabeza lleno de temor!

EL RELEVO DE WEYLER

Ese pobre Sagasta, al final de sus años, nos va resultando todo un carácter. Dijérase que para recobrar las energías perdidas ha echado mano de las célebres píldoras del doctor Jenkins. O acaso haya confiado la restauración de sus fuerzas á las no menos célebres *Píldoras del Serrallo*.

El hecho es que el Presidente del Consejo, por virtud de no sabemos qué misteriosa panacea ó de qué secreto elixir, parece haber vuelto á la hermosa edad juvenil. ¡Porque las atrocidades que en esta nueva época de su mando está cometiendo, sólo pueden ser disculpables en un adolescente, incapaz de reflexión ni de juicio! Si, el Sr. Sagasta ha pasado bruscamente de los setenta á los veinte años. Seamos, pues, algo benévolo con ese extraño menor de edad.

¡La juventud es tan arrebatada y tan poco prudente!...

Ya ha aparecido en la *Gaceta* el relevo del general Weyler. La opinión en Cuba ha protestado respetuosa pero enérgicamente, del acuerdo adoptado por el Gobierno. Pero todo ha sido inútil. El Sr. Sagasta, demostrándonos una vez más que su decantado liberalismo es pura fantasía, ha desoído las indicaciones de la opinión, y ha despojado del mando de la isla al calumniado marqués de Tenerife.

La *Gaceta* ha declarado oficialmente el fracaso del casi pacificador de la insurrección cubana. Decididamente el Sr. Sagasta es un gran inconsciente.

Quisiéramos, en bien de la patria, equivocarnos en nuestras predicciones, pero acaso no pase mucho tiempo sin que el Gobierno tenga que lamentar el acto imprudente por él realizado.

El general Weyler vuelve á la Península—digan lo que digan ciertos periódicos—con mayores prestigios que se marchó y dispuesto á que la opinión le haga justicia, y le reconozca, al menos, los servicios que durante año y medio ha venido prestando á la nación.

No vuelve humillado, como quisiera el Gobierno, sino orgulloso por la satisfacción del deber cumplido.

El general Martínez Campos cuando regresó de Cuba era un hombre muerto. El general Weyler regresa con todos los honores del triunfo, y contando con las simpatías de la verdadera opinión.

Recomendamos al Sr. Sagasta que si ha de emplear tan mal sus fuerzas, deje de tomar las píldoras del doctor Jenkins ó las *Píldoras del Serrallo*.

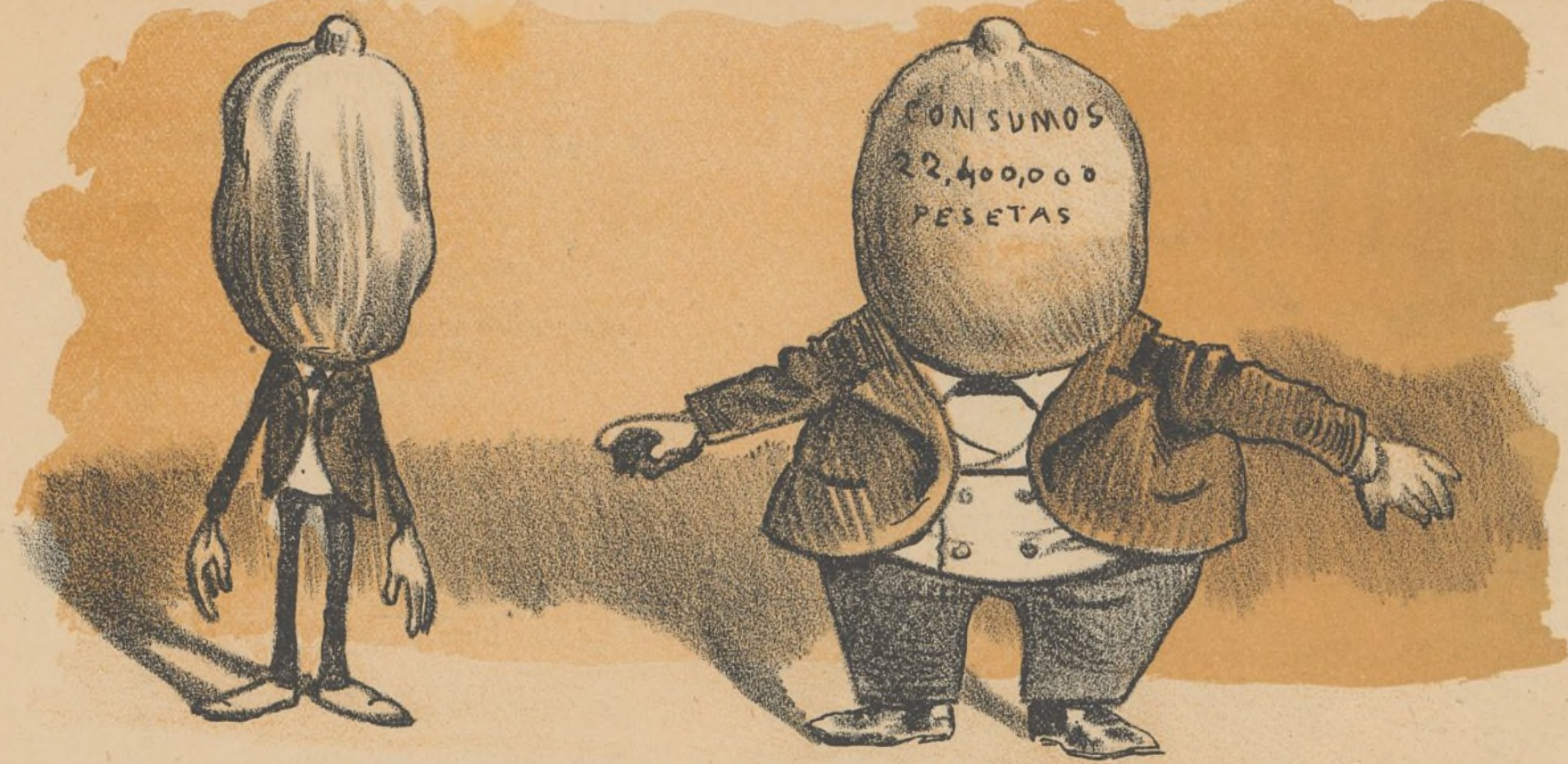
Porque acaso valga más en un hombre de gobierno ser impotente que no ser imprudente.

QUISICOSAS

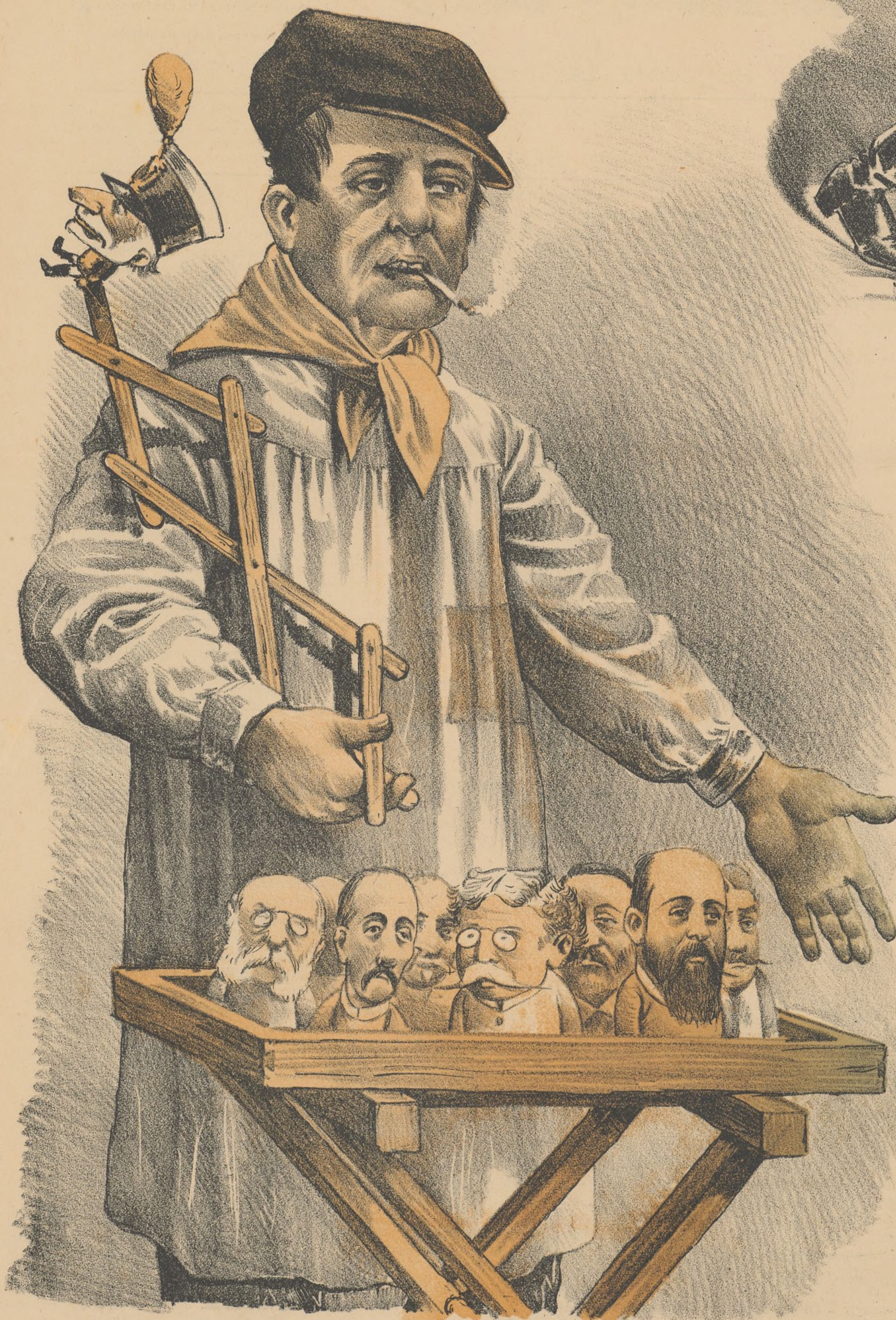
—¡En Octubre no me explico la crisis!

—¿Por qué lo extrañas?

—Porque el mes de Octubre, chico, es el mes de las castañas.



Antes y después del arriendo.



¡A perra chica ministros!

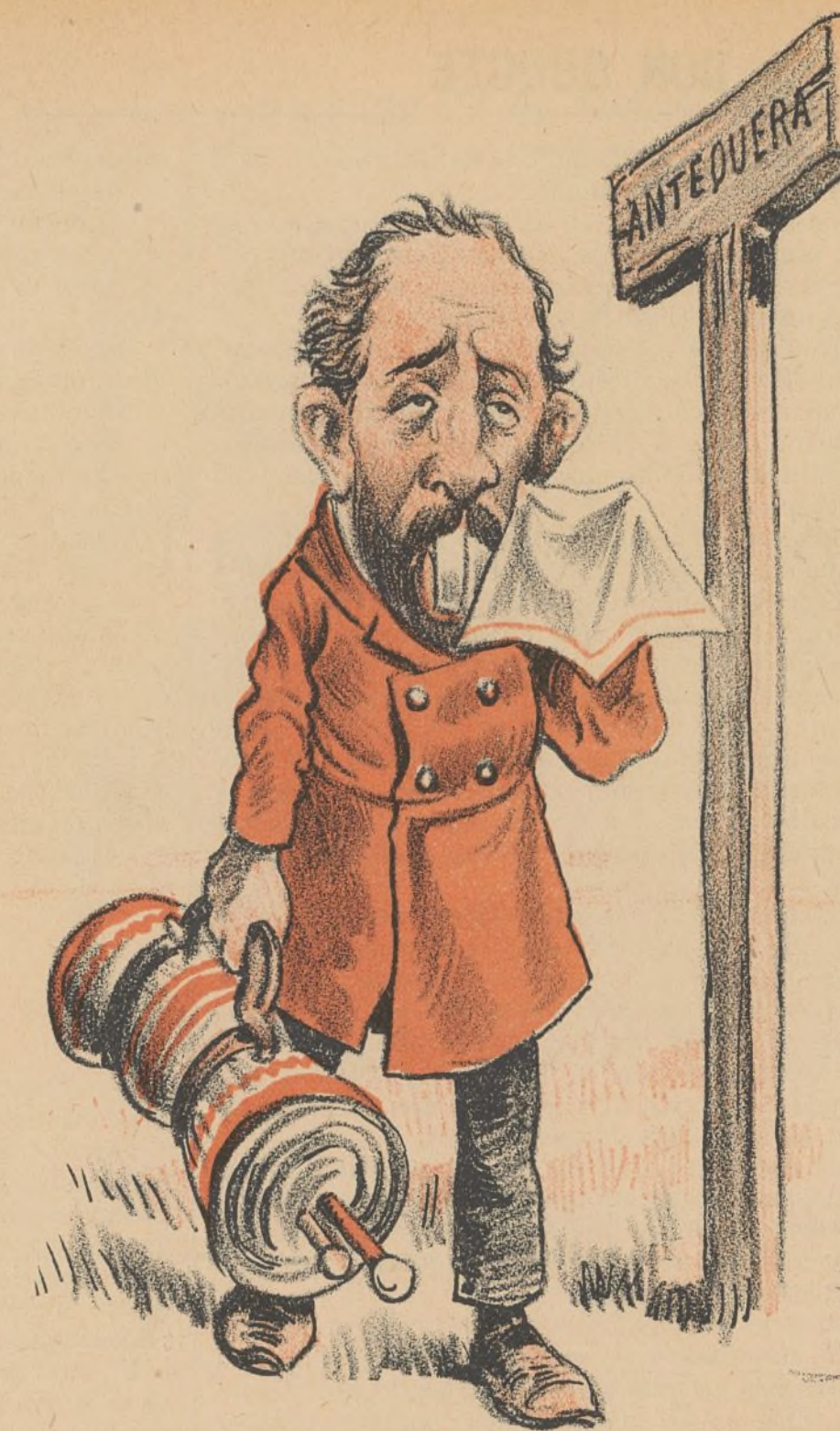


Duelo á muerte

LA SOLUCIÓN DE LA CRISIS

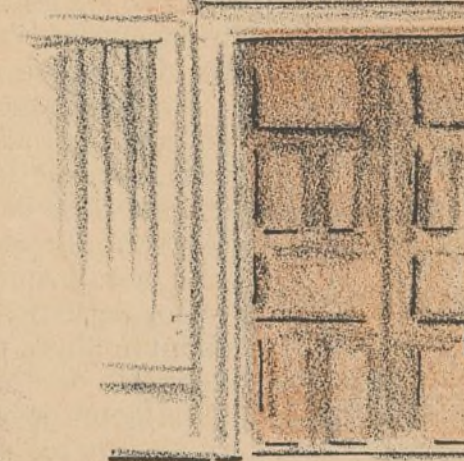


¡Ahora sí que me he quedado Blanco del todo!



A mis soledades voy,
á mis soledades vengo.

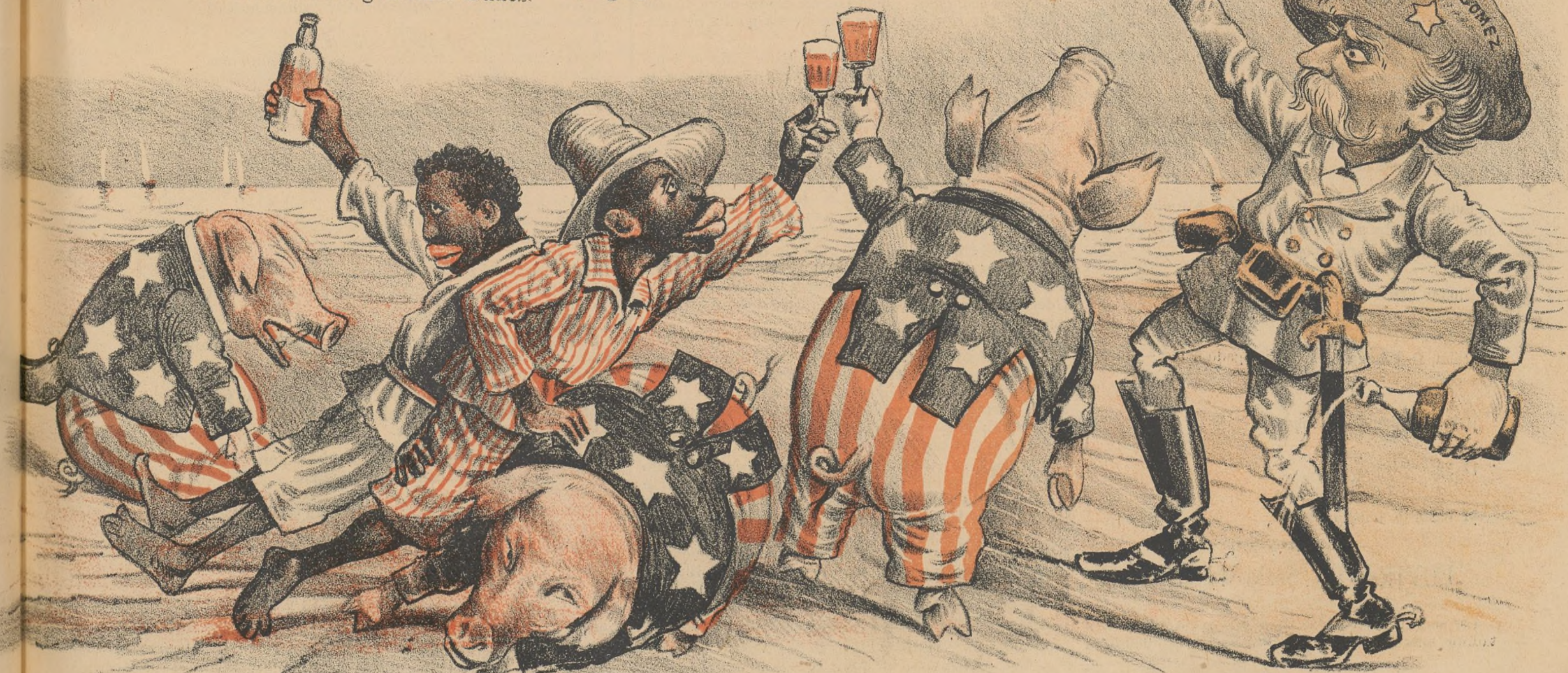
GOBIERNO CIVIL DE



Un hombre que se ha achicado.



Comiéndose los generales crudos.



Por el relevo de Weyler.

Lit. de la Viuda de M. Bautista, Jesús del Valle, 23.

—¿Y eso qué? No seas memo.
¿Recelas algún belén?

—Belén, no.

—¿Qué temes?

—Temo

que la castaña nos den.

—Nadie á darla se propasa.

—Nos la darán de seguro,

porque hoy día lo que pasa.

pasa de castaño oscuro.

—Espera que llegue, pues,

Noviembre.

—¿Noviembre? ¡Cielos!

No me nombres ese mes

que es el mes de los buñuelos.

—Para ti Octubre y Noviembre

dos meses muy malos son;

te gustará más Diciembre

porque es el mes del turrón.

✱

Le dió un diputado á Antón

un gran melón, y asombrado

gritaba Antón:—¡Qué melón

el melón del diputado!

Y uno dijo:—Es cosa extraña,

mas no me sorprende á mí,

porque yo he visto en España

muchos melones así!

✱

Hay en este hoyo sin flores

nueve políticos juntos.

Para los conservadores

se ha anticipado, lectores,

el Día de los Difuntos.

✱

—Las guerras van á acabar,

según dicen los papeles.

—¿Qué guerras?

—Las de Ultramar.

—Pues vamos á celebrar

la noticia...

—Con pasteles.

VICENTE RUBIO.

FELICITACIONES

El Sr. Sagasta ha recibido innumerables felicitaciones—¡tantas ó casi tantas como triunfos amorosos ha obtenido el Sr. Linares Rivas con sus hermosos ojos!—por haber cometido la iniquidad de relevar al general Weyler.

He aquí algunas de las felicitaciones, que—ponemos á Pablo Cruz por testigo—no nos han sido facilitadas en la Presidencia.

Compae, buen gorpe ha dao su mercé á la causa del partío libeltadó, relevando al generá de la doble W. Le digo á su mercé que con eso de la autonomía y el relevo de Weyler, ¡adiós insurrección!—*Quintín Banderas*.

Desde mi cuartel general, y en nombre y representación del ejército de la República Cubana, felicito á usted con verdadero entusiasmo por el relevo del general Weyler.—*Máximo Gómez*.

Como representante del *feminismo* dentro de la insurrección, y en nombre del comité revolucionario de señoras titulado «¡Abajo los pantalones!», felicito á usted con verdadero entusiasmo por haber destituido al general *pequeñito*.—*Evangelina Cisneros*.

Faltaría á uno de los más sagrados deberes, al deber de la gratitud, si no le enviase mi más cordial enhorabuena por el acto de energía que ha realizado destituyendo al general Weyler. A través de la distancia le envío un *férrido* abrazo.—*Capote*.

Yo, Mac-Kinley, Presidente de los Estados Unidos de América, le felicito por haber destituido al general Weyler. Conste así.—*Mac-Kinley*.

Estamos entusiasmados con usted. ¡Vaya un compañero que nos ha salido en la Metrópoli! ¡Choque usted, D. Práxedes!—*Varios jingoes*.

Cuente usted con la gratitud del club *La Aurora boreal Cubana*.—*Machete*. (Siguen las firmas.)

¡Bien, D. Práxedes, me ha vengado usted!—*Martínez Campos*.

¡Digo lo mismo!—*Ochando*.

¡Y yo!—*Pando*.

✱✱

¡Y basta de felicitaciones!

ELVIRA LA SOMBRERERA

Las señoritas elegantes de Washington, esas encantadores *miss* de tez morena clara, ojos avasalladores y

paso viril, cuentan con un nuevo establecimiento para proveerse de artículos de moda.

Hay una nueva tienda en la ciudad americana, en la que se venden sombreros, plumas y lazos, confeccionados según la última moda parisién, y en cuyo rótulo se lee el nombre de la dueña, *Madama Folchi*.

Una joven pálida y enfermiza, que recibe á las parroquianas tras el modesto mostrador, es la misma dueña, que confecciona sus géneros, la cual muestra la resignación dulce de la que ha caído en la miseria, pero la sobrelleva compensada por la felicidad del amor correspondido.

Esa madama Folchi es la hija de D. Carlos de Borbón, la que aún no hace un año era llamada por unos cuantos miles de imbéciles *Su Alteza Real la Infanta doña Elvira*, y convertida hoy en sombrerera, en laboriosa trabajadora, se siente más dichosa que en el casucho veneciano (vulgo palacio de Loredán), donde el fatal ejemplo de la corrupción paterna y el mal carácter de una madrastra despótica, rompieron todos los lazos de familia, haciendo desaparecer esa santa y amorosa calma, pocas veces conocida en las casas de los potentados y única alegría de las viviendas de los pobres.

Un descendiente de aquellos Borbones que hablaban de tú á todo el mundo, vendiendo sombreros á las millonarias hijas de los aventureros americanos, enriquecidos con la extracción del petróleo ó la matanza de cerdos! ¡Una hija de D. Carlos, el iluso que aún cree en el derecho divino de los reyes y la ley de castas, obligada á trabajar en el seno de una sociedad democrática, como la hija de una portera!

Hay que reconocer que la vida se permite bromas sangrientas para abatir el orgullo de los necios y fastigar dolorosamente á los que se creen seres privilegiados y casi divinos, nacidos para explotar y manejar como fantoches á los hombres.

Y después de esto, ¿aún sueña D. Carlos en ser rey de España, fundándose en que Dios ha designado á su familia, dándole en herencia nuestro territorio? ¡Cómo reirán las hijas de los republicanos yankees al saber que el papá de la sombrerera que las surte de plumas y lazos, aspira nada menos que á ser señor absoluto é irresponsable de la nación por cuyo arranque generoso fué descubierta América!

En este doloroso escándalo de familia ocurre un caso extraño. La culpable, á pesar de la enormidad de su falta, se atrae las simpatías, y el padre, que siempre en esta clase de asuntos aparece como figura venerable, infundiendo el respeto de la honrada desesperación, sólo inspira odio y repugnancia.

Los periódicos italianos, tras una larga información, cuentan ahora detalladamente la historia apasionada y delirante de doña Elvira y el pintor Folchi.

La pobre joven ha vivido siempre abandonada. Toda su familia ha consistido realmente en una institutriz vieja que la cuidaba con el cariño mercenario que inspira el dinero. Podía ir á todas partes; viajar, sin que su padre opusiera el menor reparo. Lo que éste deseaba era libertad para hacer su vida de viudo alegre. Jamás encontró un padre en ese hombre, que unas veces ocupado en dar esperanzas á las manadas que desde España mujen pidiendo su regreso, y otras divirtiéndose con otros bohemios de sangre real, tan corrompidos y arruinados como él, no se acordaba de que tenía hijos.

La casa paterna, fría y monótona como una fonda; la madre, aquella sufrida doña Margarita, única que podía reanimar con sus calientes besos á los pedazos de sus entrañas, muerta para siempre; la vida escandalosa y orgiástica del padre, llegando hasta los bidos de los hijos en alas del rumor público; y éstos, con la libertad del descuido y la indiferencia, completamente dueños de sus acciones. Después, el segundo matrimonio, las rabieta insufribles de la nerviosa doña Berta, y el instintivo odio de los hijos al ver ocupado por una extraña el lugar de la madre.

Sin amor no hay vida. La juventud, semejante á los ríos, que, al no encontrar fácil curso, se despeñan en ruidosas cataratas, cuando no encuentra cerca de ella afectos ni cariño, los busca aunque sea por los más torcidos caminos.

Doña Elvira vió á Folchi y se enamoró de él, á pesar de ser un pintor malo, que apenas sabe coger la paleta, y de llevar la carga moral de una mujer legítima y varios hijos. En su aislamiento, ansiosa de cariño, lo extraño fué que no se enamorara de cualquier lacayo guapo ó de algún rufián de los que acompañaban á papá en su época de viudez.

Juntos y protegidos por la institutriz, asistieron en Lucca á la representación de *La Bohème*, la famosa ópera de Puccini, sacada de la inmortal novela Mürgor, que es la apoteosis de la bohemia, libre de cuidados y preocupaciones, y del amor sin trabas sociales ni sanciones, de la ley. Contemplando la escena conmovedora en que la florista *Mimi*, muere tísica en los brazos del hambriento poeta Rodolfo, lloró doña Elvira con intensa emoción.

Ella, que también está enferma del pecho, quería verse amada como la tierna obrera de Mürgor; morir en los brazos del hombre adorado, Folchi: aquel buen mozo, inepto y bondadoso, sería su Rodolfo.

Y escapó de la casa paterna, monótona como un convento; falta de ambiente cariñoso, como un hotel donde se vive por dinero.

Levantó el vuelo como un pajarito tísico y friolero en busca de la luz, de las tibias caricias del amor, sin lanzar una mirada de despedida al casucho donde tan pronto olvidaron á su madre, y donde una mujer recién llegada encadenaba al marido con el poder de sus millones, hablando á todas horas de insurrecciones sangrientas y de terribles persecuciones contra la libertad y el progreso, para alcanzar una fantástica corona.

Doña Elvira, amancebada con un hombre casado y fugitiva de su casa, resulta una mujer censurable. Pero todo hombre de corazón generoso la compadece y la

perdona en nombre del amor, como Jesús perdonaba á la Magdalena: *porque había amado mucho*.

Quien no merece perdón es el padre, ese necio lúgubre que quiere dominar á una nación por la sangre y el fuego, y no ha sabido guardar el honor de una hija.

Hasta en medio de su infortunio vale más doña Elvira que su padre.

Al menos, esa joven, sufrida y valerosa, al verse en la miseria, sabe ganarse el pan honradamente, y trabaja, no sólo para ella, sino por mantener al hombre que ama.

Si D. Carlos se viera en la pobreza, obligado á trabajar, ¿qué haría?

Sería jugador como en sus tiempos de viudez, cuando estaba acosado por las trampas, y hasta jugaría con poca limpieza, como el rey Milano de Servia y otros ex-soberanos que andan por París dando sablazos, para apuntar después en una timba.

Porque, como el trabajo envilece, los reyes arruinados, ó aspirantes á reyes, sólo encuentran una industria digna de ellos:

Levantán muertos... pero es en los garitos elegantes.

BLASCO IBÁÑEZ.

LANZADAS

Los estómagos fusionistas comienzan á nutrirse.

¡Y cuidado si tienen estómagos disponibles!

Para los cuarenta y ocho Gobiernos vacantes tenían 373 candidatos conocidos y para las quince Direcciones generales disponibles cuentan con la respetable suma de cincuenta y tantos aspirantes.

De toda esta gente el que menos se ha hecho tres ó cuatro levitas y dos ó tres chaqués, para estar presentables y para que vea Sagasta que están bien de ropa.

Y como la mayoría se han vestido con la esperanza de tener un alto puesto y serán muchos los desencantos, hay un miedo horrible.

No sólo entre los pretendientes.

Sino también entre los sastres.

Beranger ha visitado en el hotel de la *Paix* al ministro de Marina de Portugal.

Habrà ido á preguntarle cuantos *pes do cabalho* tienen los barcos lusitanos.

Por si tiene la chiripa de volver á ser ministro y poder achicar más á Auñón, por más que es muy difícil. Porque Auñón no llega ni siquiera á un *pe do coñejo*.

Hay que reconocer que Sagasta es el hombre más original de la tierra.

Ha hecho á la regente la presentación en montón de todos los gobernadores civiles.

Habrà tenido gracia la escena.

Supongamos á D. Práxedes tirando de la lista y presentando:

—El Sr. Pérez... (respetuosa inclinación del Pérez.)

—El Sr. López... (otra inclinación del Sr. López.)

—El señor... (pausa y turbación) no sé como se llama el señor; pero es un excelente padre de familia que me ha hecho tragar Gamazo...

Y así sucesivamente.

Terminada la presentación, los agraciados rompieron fila, dirigiéndose á sus respectivas insulas.

Dispuestos á hacer la felicidad de sus administrados. Y á hacer todo lo demás que se pueda.

Pues señor, no hace ocho días que ha sido nombrado Blanco capitán general de Cuba, y á estas horas ha celebrado sus ochenta conferencias con los ministros.

Da sueño leer estos días los periódicos.

No hablan más que de indicaciones.

«Se indica para tal cargo al Sr. Bestúñez.»

«Se indica para tal otro al Sr. Percébez.»

Y como es natural, el autor de esas indicaciones es el propio interesado.

A ver si Sagasta entiende la *indirecta*.

Pero el viejo pastor hace tiempo que no consulta más indicador que el de campanadas para los casos de incendio.

Con objeto de ser el primero en liarse la manta á la cabeza para librarse de la chamusquina.

Sigue sin arreglarse la cuestión del pan.

Meetings por aquí, conferencias por allá, bandos por este lado y discusiones por el otro.

Y según ellos, todos llevan razón.

Y entretanto el pan por las nubes.

Los integros del partido conservador iban á darle un banquete monstruo al cuarteto de notables que forman su directorio.

Y fracasó el banquete.

Después pensaron obsequiarle con un album de firmas.

Y fracasó el album.

Todo por aquello de que más vale no meneallo, ó si se quiere, porque la conservaduría cuanto más se remueve más pronto se deshace.

El gobernador civil, Sr. Aguilera, va á emprender una enérgica campaña contra los mendigos.

¡Qué mala época elige!

Considere usted, D. Alberto, que ahora todo se vuelve peticiones de destinos.

Y que si sus subordinados cumplen fielmente las órdenes de usted, le van á trasladar la mitad del partido á los Asilos de mendicidad.

Aun cuando bien pudiera ser que eso es lo que usted pretenda con su campaña.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 15.